

LA POBREZA,

examen de conciencia

incunable

PERIODICO SACERDOTAL Número 119 - Abril 1959 - Redacción: San Pablo, 17 - Salamanca
 Administración: Vallehermoso, 38 - Tel. 570804 - Apdo. 10.059 - Madrid
 VOLUMEN III PRECIO DE SUSCRIPCION: 60 PESETAS - EXTRANJERO: 1,70 DOLARES NUMERO SUELTO: 8 PESETAS.

Depósito Legal: M. 677-1958.

editorial

LOS POBRES, SIEMPRE

MAGNIFICA la consigna que para este bienio han dado los Metropolitanos españoles: "sentir con el débil". Magníficas también las declaraciones del Presidente de la Junta Técnica Nacional, glosándola. Muchas veces, durante los meses que vienen, pensamos insistir sobre el tema. Hoy tan sólo quisiéramos subrayar su aspecto sacerdotal.

Si a todo cristiano se le puede y se le debe pedir que sienta con el débil, que esté a su lado, que le comprenda, que le ayude, que le ampare..., mucho más debe decirse al sacerdote. No creemos que haya quien pueda discutir esta afirmación, fácilmente defendible con argumentos teóricos, y encarnada, por otra parte, en largos siglos de historia en que siempre el sacerdote católico se ha encontrado junto a los oprimidos, los pobres y los necesitados.

Esta consigna, este encargo, tiene un triple aspecto. Ante todo conocer la realidad. Es lo menos que puede pedirse. Que el sacerdote, sea cual fuere el medio en que le toque moverse por razón de su ministerio y por el puesto en que la obediencia le ha colocado, sepa bien que hay necesitados, que millones de hermanos suyos carecen de vivienda, de pan o de alegría. Que en el mundo de hoy existen débiles, de quienes la sociedad, el Estado y los poderosos abusan. Parece que esta exigencia tan elemental está cumplida casi sin esfuerzo. Sin embargo, no es así. Quien vive bien propende a olvidarse de quien vive mal. Resulta

desagradable pensar en ello e instintivamente nuestra naturaleza nos empuja a olvidarlo. Y en este sentido conviene una y otra vez con el recuerdo y la inquietud.

Pero no basta saber. Hay que proceder en consecuencia y sentir con el débil. Lo que es tanto como producir una corriente de comprensión, de estima, de simpatía. Es decir, que los débiles se sientan en todo momento comprendidos por el sacerdote. Limosna mínima en ocasiones la única que podremos dar, pero limosna necesaria. El mismo don material, otorgado con lejanía e incompreensión, antes se hace odioso que fructífero.

Y en tercer lugar, ayuda efectiva. Hay que hacer durante este bienio cuanto esté en nuestra mano por multiplicarlo. Si en todos los terrenos puede decirse que "más hace el que quiere que el que puede", en ninguno con tanta fuerza como en este de la caridad. Aquí si que el impulso interior de un sacerdote, ardiendo en amor a los pobres, puede hacer maravillas. La historia eclesiástica lo demuestra con abundancia. Tantas lecciones, desde los primeros siglos del cristianismo hasta hoy, han de servirnos de aliento y estímulo. Realizaciones que podrán ir desde el abrazarnos con la misma vida de los pobres hasta la puesta en marcha de nuevas obras asistenciales, pasando por los mil y mil matices que la iniciativa, nacida al calor del celo sacerdotal, es capaz de producir.

INCUNABLE

La pobreza no ha sido una virtud de actualidad en nuestros ambientes. Se ha hablado y escrito sobre caridad, obediencia, justicia y castidad, pero muy poco sobre pobreza. Con esta postura nuestra contrasta abiertamente la importancia que a esta virtud ha dado el resurgir cristiano de posguerra en algunas naciones europeas.

El deseo sincero de vivir la fe con todas sus exigencias nos tiene que llevar a los cristianos de hoy a plantearnos el problema social de los bienes materiales y su correspondiente repercusión en nuestra vida ascética personal. A nuestro mundo, por otra parte, le hace falta un testimonio de cristianismo contundente, y parece que nada más apropiado que la pobreza, esa pobreza evangélica que va a ser para los humildes el verdadero rostro de Cristo y, por contraste, también, para aquellos que han sido ganados por el ansia y disfrute de los bienes materiales.

Tal vez nos esté haciendo falta a los católicos españoles—con más razón a los sacerdotes—una sacudida en este aspecto. Con ello ganaría mucho, sobre todo frente a los más pobres, la Iglesia en España. Será oportuno que todos nos paremos a pensar sobre el alcance de la última consigna de los metropolitanos: «estar con el débil». La voz del Espíritu de Dios nos puede estar llamando por aquí. Debemos escucharla.

«El Ciervo» nos ha transmitido unas palabras acuciadoras de monseñor Ancel, el obispo francés que vive de su trabajo manual: «Cuando algún sacerdote español me pregunta por qué no fundamos comunidades del Prado en España, siempre les digo lo mismo: Es de vosotros mismos de donde deben salir experiencias semejantes. Vosotros debéis emprenderlas según las necesidades que vayáis sintiendo. Creo que vuestras circunstancias actuales os piden sacrificar, quizá, ciertas cosas, pero podéis encontrar el camino. Buscad y lo hallaréis. La experiencia española habrá de ser, forzosamente, diferente de la francesa. Estoy cierto que algo se mueve en la Iglesia española.»

El P. Llanos, de paso recordemos ya el Pozo del Tío Raimundo, nos trazó la estampa del «sacerdocio inmediatamente futuro» en la encuesta que sobre el sacerdote publicó la revista «Seminarios»: «Va a tener cierto aire

(Pasa a la página 8)



LA MUJER POBRE

Por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Dammert Bellido
 OBISPO AUXILIAR DE LIMA

La situación de la mujer humilde en nuestro pueblo es tal vez una de las más sacrificadas en el mundo. A los pocos años de nacida en ambientes que casi rayan en la miseria y sin recibir el cariño natural a la infancia, debe asumir obligaciones en el hogar: acarrear agua, cumplir encargos, cuidar de los hermanitos, cocinar (porque la madre trabaja en la calle), y así crece en un mundo duro, sujeta a castigos. Cuando llega a la adolescencia en medio de esos trajes, por ignorancia de la vida, acepta el enamoramiento de quien le ofrece una situación, que ella supone mejor, y generalmente se fuga de la casa para convivir con un hombre, que a los pocos días la somete a una servidumbre igual a la que tenía en su primer hogar, con la agravante de tener que cuidar a los hijos. Muchas veces el hombre la abandona y la pobre joven con hijos no tiene a quién recurrir, pues no consigue trabajo en ninguna parte porque tiene hijos. Acepta entonces otro conviviente para sufrir iguales desengaños, mientras que en cambio obtiene alguna ayuda para vivir y pacientemente se somete a toda clase de malos tratos para no ser abandonada de nuevo. Un médico me refería que son incontables las pobres mujeres que llegan a los hospitales víctimas de la dureza de los hombres, pero que estoicamente callan sus sufrimientos.

En este sentido debe desarrollarse una campaña para educar a muchachos y muchachas sobre sus obligaciones en la vida y también para cambiar la mentalidad de mucha gente: es abominable producto del más inhumano egoísmo no alquilar viviendas a quienes tienen hijos. Los avisos de arrendamiento de departamentos a matrimonios sin hijos son sencillamente anti-cristianos.

En esta situación muchas veces deplorable en que se encuentra la joven

de nuestro pueblo, se agrega en otras ocasiones la explotación inicua del hombre que obliga a su conviviente a prostituirse para vivir él comodamente o mejorar sus negocios. Los relatos angustiosos de pobres jóvenes explotadas señalan un terreno en que debe trabajarse con dedicación y energía.

También debe llamarse la atención, y merece todo nuestro empeño, la preservación de incautas colegialas que con halagos y engaños son atraídas por personas inescrupulosas que les arruinan su vida.

Es asimismo indispensable encauzar a las jóvenes que viajan a las ciudades para buscar trabajo mediante grupos que las reciban, alojen y coloquen para poderlas salvaguardar. Mas no queda ahí el problema; por lo general son gente de campo que ignora totalmente en qué se empleará y entonces es menester instruirlos en algo, pues en las casas quieren que sepan de todo y nadie les enseña. Las críticas a esas pobres muchachas respecto a su inutilidad son comunes y nadie se preocupa del precepto cristiano de «enseñar al que no sabe». Una vez empleadas continúan en peligro, a veces por la promiscuidad en que viven las criadas, y otras por la intemperancia de los jóvenes patronos: este asunto debe gravar la conciencia de toda madre de familia que debe velar por sus hijos y por los que viven en su casa.

Dios quiera que haya lugares en que se pueda proporcionar a las jóvenes criadas recreación honesta en los días de descanso, y posibilidad de ampliar sus conocimientos para ayudarlas en su trabajo.

Debemos invocar el espíritu cristiano que anima a todos para que se colabore eficazmente en la solución de los problemas que atañen a las jóvenes pobres.